

Los hombres de la revolución rusa surgieron a la vida política después de una serie de aventuras, de prisiones y de exilios.

José D'schugaschwili, hoy Stalin, se reveló casi de repente, a los ojos de sus mismos compatriotas.

Cuando Lenine dio el golpe de estado al gobierno vacilante de Kerensky, Stalin apareció en la escena como una de tantas unidades de esas que estaban destinadas a desaparecer bajo el prestigio incontrastable de Lenine, Buchari y Rikow. Sus actuaciones en un principio, fueron en extremo cautas, pero de una inconfundible definición.

Iban todas hacia el socialismo de estado. No entraban en sus planes las doctrinas que tuviesen por único norte la implantación del marxismo puritano.

Y aun sus mismos adeptos de primera época, se sintieron como defraudados cuando se proclamó la implantación de su nueva política económica.

No era aún tiempo de proponer su plan de los cinco años, que en tres que lleva ya de práctica, mantiene la balanza mundial del comercio en una inestabilidad semejante a la de la brújula de un aeroplano en marcha.

Cuentan quienes acompañaron a Trotzky en su éxodo hacia Turquía, que una tarde el convoy se vio envuelto por la noche en un paraje lejano desprovisto de comunicación con el gobierno de Moscú. Alguien le propuso al proscrito que huyera, y éste, con la misma firmeza con que antes arengaba a los ejércitos bolcheviques, le respondió:

—Yo soy ya un hombre sin futuro. Stalin ha invadido las conciencias y el corazón de mis amigos.

Y lo raro de este nuevo dominador, es que no se puede decir de él que haya hecho un solo propósito con antelación, ni planeado con sus amigos ninguna empresa que no sea para ejecutarla en seguida.

Quienes viven en su compañía, nada podrían decir de su vida íntima.

Frugal, serio, reposado; siempre con la misma sonrisa que nadie se atreve a devolver, su figura se agiganta ante los ojos de los extraños, cuando se le ve que no necesita de consejeros, ni hace ninguna clase de ostentación de su poder. Cuando lee, lo hace con la misma naturalidad con que los obreros de las fábricas del estado soviético, leen en las horas de pausa sus periódicos de propaganda.

No anota, no comenta con nadie las noticias sensacionales.

Diríase de él, que la humanidad se ha

## El dueño y señor

= De El Tiempo. Bogotá =



Stalin

esfumado en torno suyo, y que en el mundo solamente se encuentra un pueblo: el ruso, y un hombre que lo gobierna: él. Viendo su absoluta impenetrabilidad, un delegado francés, resolvió un día aventurarse, y trató de escudriñar aquella conciencia himaláyica.

—Cree usted, camarada, que si Tchitcherin se agrava en Alemania, el comunismo tenga un fracaso en sus asuntos internacionales?

Stalin se pasó las manos por la rodilla, con el atávico movimiento de los obreros que responden alguna cosa, y le dijo:

—Rusia necesita muy buenos cónsules para sus asuntos de fuera.

Y en esa respuesta estaban condensadas sus ideas de *abrumación de oferta*, que son el ideal del plan de los cinco años. Porque Rusia no ha principiado aún a poner en práctica las ideas de Stalin y ya se sienten las consecuencias de esas ideas.

Cuando hace un año apareció en Estados Unidos una flota mercante rusa con trigo que se ofrecía a la mitad del precio, los economistas sensitivos, declararon que aquello no pasaba de ser un simple simulacro de

ofensiva, pero cuando los pueblos que rechazaban todo trato con los rojos, se pusieron a reflexionar y sacaron cuentas, vino desde luego la comparación, y vencieron los números.

—¿Por qué, se dijo, pagamos trigo a tanto, mientras una entidad extraña nos lo ofrece por la mitad?

Y para enfrentarse no sólo con barreras de aduana, se recurrió al por ahora peregrino expediente de que los Estados Unidos no comprarán jamás nada que sea hecho con manos esclavizadas.

Pero a Stalin no le preocupan por ahora estas campañas en contra de sus planes económicos. El no tiene afán por la ideas.

En su concepto, el mundo está fatigado de ideas. Su preocupación es la realidad en forma de hechos. Y su pensamiento único, la acción.

Acción meditada sobre las cartas geográficas, sobre los desastres económicos de los pueblos, en fin, sobre la catástrofe de los papeles de crédito, que han determinado la desconfianza en los dueños de ellos y escondido el oro en las arcas y en los sótanos.

Frente a la tesis de la superproducción, Stalin responde con una nueva era de maquinismo y de producción sin cálculos. La humanidad lo que necesita, y debe tener en abundancia, es su pensamiento. No importa la quiebra de las empresas ni el fracaso de las fábricas.

—Sur América, dijo, está elaborando las tarifas restrictivas para el calzado europeo, y la mayor parte del pueblo anda allá descalzo.

El pueblo ruso apenas le conoce. No es lo mismo que Trotzky, a quien veía en todas partes para aclamar.

Stalin apenas se deja ver en ocasiones memorables.

No hace un mes se presentó en la tribuna, para decir, sin arrebatos, oratorios, que Rusia estaba tres siglos atrás de los demás países cuando le vino su emancipación del régimen zarista.

—Debemos ponernos a la altura de nuestros vecinos, fueron casi las únicas palabras de su arenga.

Como respuesta a las noticias de la prensa europea y americana, sobre sus planes guerreros, invita a las delegaciones de varios países industriales de la misma Europa a que visiten Rusia, y les muestra sus grandes empresas industriales en Baku, en Tiflis, en Leningrado, en Besarabia, en Moscú, y en fin, les presenta las construcciones del Armeniken, en tal magnitud, que sus huéspedes sólo pueden volver a Europa con estas palabras:

(Pasa a la página 307)